

MAX OPHÜLS: PERMANENCIA DEL GENIO¹

★ FEDERICO DE CÁRDENAS

Federico de Cárdenas fue uno de los FUNDADORES de la mítica revista *HABLEMOS DE CINE*, además de colaborador de *LA GRAN ILUSIÓN* y de esta publicación. Siempre mostró su PASIÓN por el séptimo arte como pocos. Aquí, una muestra de su amor por la OBRA del realizador MAX OPHÜLS.

El 26 de marzo próximo se cumplirán diez años de la muerte de Max Ophüls. Triste destino el de los países sin cinemateca, a los que la desaparición de un director priva, luego de pocos años, de sus películas. ¿Cuándo en *Hablemos de Cine* podremos escribir sobre Kenji Mizoguchi, Ernst Lubitsch

o Frank Borzage?, por citar tres grandes directores fallecidos en los que pienso ahora. ¿Y Buster Keaton? Apenas conocemos dos filmes de cada uno de ellos. Afortunadamente, esto no ocurre todavía en nuestro país con otros dos directores muertos ya: Jacques Becker y Max Ophüls, de quienes hemos

visto cinco y cuatro filmes, respectivamente, este año. Feliz coincidencia.

Es así como, luego de Becker (de quien se trató en el número 24), podemos ocuparnos de Ophüls. Para este breve estudio, cuento con cuatro películas: *Carta de una desconocida* (*Letter*

¹ Este artículo apareció originalmente en *Hablemos de cine* 30-31 (pp. 36-38), 1966.



Fuente: French Culture FC

from an unknown woman, 1948); *La ronda* (*La ronde*, 1950); *Madame de...* (1953) y *Lola Montes* (1955). Es poco para un director con veintiún filmes, pero tengo en mi descargo que todos ellos están entre los mejores que hiciera Ophüls.

Max Oppenheimer nació en Sarrebrück el 6 de mayo de 1902. A los diecisiete años adoptó el seudónimo de Ophüls y se dedicó con intensidad al teatro. En 1930, filmó su primera película, a la que siguieron otras. Por su origen judío, tuvo que exilarse de Alemania, por lo que realizó películas en Francia e Italia, y un proyecto en Holanda. La

Foto:
La ronda

invasión nazi lo hizo viajar a Estados Unidos en 1940, donde estuvo sin trabajo hasta 1945, cuando empezó a filmar en Hollywood. Lo hizo hasta 1949. Ese año regresó a Europa y vivió en Francia y Alemania hasta su muerte. En Francia realizó varias de sus más importantes películas, hasta su muerte en Hamburgo en 1957. Dejó un hijo, Marcel, hoy director de cine, aunque sin el talento paterno para la ficción. Max Ophüls realizó películas en casi todos los países donde vivió. Su pasión por el cine solo concluyó con el término de su vida, cuando, como muchos otros creadores, recién se le empezaba a estudiar. Luego de su muerte, ha sido reconocido

como uno de los maestros del cine moderno.

Hacia el tiempo perdido

Las películas de Ophüls respiran una nostalgia: la de aquella Viena de principios de siglo en la que los esplendores de la *belle époque* todavía determinaban una manera de vivir ahora perdida. Cuando la fiebre romántica permanecía. Ophüls recordará su amada Viena en *La ronda*, en *Carta de una desconocida*. Nadie como él para animar ese mundo de brillantes uniformes, mujeres alegres y *café-concerts* donde se habla y se baila con la mujer amada. Calles dormidas que repiten el andar de cascos de caballos que arrastran a una



Foto:
Madame de...

carroza que sale y se vuelve a perder en la neblina gris del invierno. Es un mundo sutil de consistencia perfecta el de Ophüls. “Mundo brillante de candelabros y carruajes, de tiaras y collares, de tapados de piel y vestidos de satén, de valsos recordados y *champagne* olvidado, de Lizst y de *frou-frou*, de tristes noches y duelos en un frío amanecer” dirá con exactitud Tony Richardson, uno de los críticos que ha estudiado con más atención su obra.

En *La ronda*, su doble, Antón Walbrook dirá: “Adoro el pasado porque es mejor que el presente y más seguro que el porvenir”. Confesión íntima de un autor.

Romanticismo y destino

Para moverse en el mundo anterior, los personajes de Ophüls tendrán que ser románticos: son personajes delicados, irónicos o alocados, pero con una íntima nobleza que pertenece a tradiciones que respetan porque forman parte del mundo de apariencias en el que se mueven. Son personajes capaces de vivir grandes sentimientos sin llegar nunca a la felicidad. El amor es sufrimiento, inquietud, tristeza.

Es más una ausencia que una presencia, es más lo que se deja de decir que lo que se dice. Es un cine en que el destino determina un camino a los seres humanos contra el que es inútil revelarse; hay que dejarse llevar, en la espera de unos pocos momentos de plenitud: Joan Fontaine esperará años por unas pocas noches con Louis Jourdan, su amor de infancia, y luego pasará el resto de su vida recordándolas (*Carta de una desconocida*).

Ophüls sabrá materializar este peso del destino en objetos de su puesta en escena: las joyas de *Madame de...*, el carromato de *Lola Montes*. Porque el cine de Ophüls es el de la fugacidad irrecuperable del instante: la rueda de la fortuna ha de seguir girando. *La ronda* materializa el *carrousel* al que subimos y del que bajamos, y Antón Walbrook dirá por Ophüls: “Yo no actúo, yo solo dirijo la ronda”. Los círculos que se cruzan ayudados por el azar, para el que el mundo siempre es pequeño. Será en *Lola Montes* donde este peso del destino cree el personaje más amargo y, a la vez, más

querido de Ophüls. Lola es una mujer víctima de su propio mito, convertida en animal de feria.

Cherchez la femme

En el centro de la puesta en escena de Ophüls hay siempre una actriz, ejemplo de delicadeza y humor, de pasión y sufrimiento: la tímida adolescente que languidece (Joan Fontaine en *Carta de una desconocida*), la mujer de mundo deliciosa e irónica (Danielle Darrieux en *Madame de...*), la prostituta de buen corazón, la picara camarera o la *grisette*, tipo de mujer que ya no existe más (Simone Signoret, Simone Simon y Odette Joyeux en *La ronda*). El hombre puede ser impenetrable tras un uniforme o un frac. La mujer, no. Ophüls es un director feminista y su cine penetra mucho más en los complicados razonamientos del alma femenina. Será que para él la mujer siente con mayor intensidad y que puede someter a los hombres. Aunque, al final de su obra *Lola Montes*, su personaje más complejo deseará morir. Pero es que esa mujer es más que nadie víctima de la fugacidad del tiempo. Las mujeres de Ophüls no serán felices. Y Lola, libre de la muerte que la acecha, terminará resignándose.

El barroquismo musical

Quizás de lo anteriormente escrito pueda suponerse que el cine de Ophüls es estático. Nada menos cierto. Ophüls es el único director esencialmente barroco que ha tenido el cine. A ese mundo recargado de vestuarios y decorados (que lo convierten también en uno de los directores más elegantes, exquisitamente elegante en todas sus películas) se agrega una actitud barroca de ver las cosas, un modo barroco de acercarse a ellas, que se traduce en la movilidad permanente de su cámara, que hace de su puesta en escena una totalidad dinámica.

Ophüls conoció como nadie el secreto del *travelling*-mirada, de

EN EL PERSONAJE DE LOLA VEMOS
MEZCLADAS REPRESENTACIÓN Y VIDA. SU
PROPIA EXISTENCIA ES EL ESPECTÁCULO
CIRCENSE —ELLA LO HA HECHO NACER— Y DE
ALLÍ EL MARTIRIO DE VOLVER A VIVIRLA SIN
PODER TRANSFORMARLA.

la panorámica audaz. La suya, más que una puesta en escena, es una *puesta en marcha*. En esa especie de manifiesto estético del cine ophülsiano que son las palabras de Antón Walbrook al principio de *La ronda*, dirá: “Los hombres solo conocen parte de la realidad porque ven un solo aspecto. Yo, yo lo veo todo porque *miro*”. Abarcar todos los aspectos posibles de la realidad fue su permanente preocupación. Su cámara va y viene, da vueltas —incansable— en torno a seres y objetos, los circunda, los define, los absorbe. Esto hace que el ritmo sea característico en su cine, una tal movilidad armónica hace que el ritmo fluya delicado, musical, sin el más pequeño traspies; son *ballets* de cámara, no de personajes. La cámara lo anima todo, en busca de una visión omnicompreensiva del mundo; el equilibrio de lo complicado.

**La puesta en escena
“circular” y la
representación**

En las películas de Ophüls, siempre hay un elemento unificador, muy concreto, que vincula a los personajes: las joyas en *Madame de...*, que al pasar de mano en mano cumplen un rol vinculatorio; el *carrousel* de *La ronda* y la historia de las parejas; la vida de la propia Lola en *Lola Montes*, y los acercamientos y separaciones de Joan Fontaine

y Louis Jourdan en *Carta de una desconocida*. Esta constante traduce la puesta en escena de Ophüls en pequeños círculos abiertos que se engloban unos con otros, sin ningún fraccionamiento, siempre con esa fluidez de la vida misma.

De otro lado, existe la conciencia de una mostración que se torna en espectáculo. El extremo de lo que digo está en *La ronda*: la vida concebida como un espectáculo en su sentido más noble. Por eso la estructura de esta película no deviene falsa: representa una orquestación que es el actuar de esos seres humanos que aceptan ser desnudados por un público. El ejemplo máximo de esto es Lola: en ella también vemos mezcladas representación y vida. Su propia existencia es el espectáculo circense —ella lo ha hecho nacer— y de allí el martirio de volver a vivirla sin poder transformarla; una y mil veces, la misma. La crueldad de un público que no comprende su sacrificio es un reproche que parte del mismo Ophüls. Lola, en su jaula dorada, querrá acabar con su vida.

Siempre el autor

Ophüls declararía: “El cine es un apasionante oficio por la facultad que tiene de igualar las condiciones humanas”. Y más adelante: “Se trata,

según mi punto de vista, de una igualdad de mirada”. Como pocos, este realizador, alemán de origen, francés por adopción, sufrió las consecuencias de su intenso amor por el cine. De sus películas, la única que tuvo éxito económico fue *La ronda*, ayudada por un grave escándalo con la censura francesa. Su última y genial obra, *Lola Montes*, fue un tremendo fracaso económico y continúa siendo una obra maldita, despreciada aún en círculos de “entendidos” que no son capaces de penetrar en su absoluta modernidad. En nuestro país, la versión completa e intacta de esta obra maestra está archivada en la bóveda de una distribuidora local (los productores prepararon una versión “abreviada” que también fracasó). Los anteriores filmes de Ophüls estuvieron mal distribuidos; sería imprescindible que nuestra naciente cinemateca adquiriera estos cuatro filmes de uno de los maestros del cine moderno antes de que sus copias sean destruidas. Es el décimo año desde su muerte y Max Ophüls se mantiene más vigente que nunca. Su talento creador, que entregó al cine tantas obras maestras, no será olvidado. ◻